

INSEGURIDAD ONTOLÓGICA Y GLOBALIZACIÓN. MIRADAS DESDE LA ONTOLOGÍA DE LA FLUIDEZ SOCIAL.

Christian Retamal¹.
christian_retamal@yahoo.es

Resumen:

Esta ponencia aborda las contradicciones de las promesas de la globalización desde la mirada de la ontología de la fluidez social (OFS). En efecto, (I) la globalización plantea como instrumento de legitimidad, un conjunto de promesas que tienen un carácter modelador de una nueva forma de modernidad y -en este sentido- estas promesas nos muestran aquello que se construirá luego de la destrucción de nuestros entornos sociales. (II) La OFS nos señala los modos en que la globalización comprime y licua la experiencia moderna sometiéndola a nuevos procesos de violencia estructural. Ello permite entender que la globalización es un resultado directo de la Guerra Fría, que para llevar a cabo sus promesas debe disolver los mundos de vida tradicionales. (III) Ante ello, la OFS observa unas tensiones entre las tendencias disolventes de la globalización y la búsqueda de seguridad en marcos conceptuales de solidez y estabilidad que encuentran arraigo en los carentes de un terruño existencial. En consecuencia, la inseguridad ontológica -ya sea en la interpretación de Sennett, Giddens o Bauman- es en sí misma fuente de violencia, ya que integra otras formas de inseguridades -económicas, políticas, etc., - creando entornos de desesperanza cada vez más lejanos a las promesas fundacionales de la globalización.

I.

El tiempo ha ido demostrando que la globalización es una realidad estructural del propio capitalismo flexible y que se afianza cada vez más. Muchas veces nos hemos centrado en sus evidentes aspectos destructivos, sin considerar que tras ellos se busca concretar una cierta visión de lo que el mundo debe llegar a ser de acuerdo a sus promotores. Detrás de la destrucción implícita en la globalización podemos encontrar los rastros de un conjunto de promesas que buscan la adhesión y la legitimación de una transformación sin precedentes de los entornos sociales.

¹ Doctor en Filosofía. Universidad Complutense de Madrid. Magíster en Filosofía Política y Ética. Universidad de Chile. Actualmente es profesor e investigador del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales. Este documento forma parte del proyecto de investigación posdoctoral 3050013 financiado por FONDECYT.

En las últimas dos décadas se han acuñado muchos “post” para tratar de nombrar ciertas realidades. Posmodernidad, posindustrialismo, posmaterialismo, etc. Pero, a pesar de todo, no se puede decir que vivamos en sociedades postcapitalistas. Al contrario, la conclusión es que la globalización marca definitivamente la eclosión de la modernidad en su versión capitalista. Países enteros se lanzan con ardor a la captura de una porción del capital circulante que salta de bolsa en bolsa². Las elites conducen a sus pueblos a las formas más radicales de la desregulación. Por ello podemos señalar que la forma paradigmática de la modernidad ha llegado a ser la del capitalismo global, lo que por supuesto no significa que sea necesariamente la única opción de la modernidad posible o deseable³.

Por ello conviene recordar que la globalización es uno de los principales resultados de la Guerra Fría, ya que es una de las principales consecuencias de la derrota del socialismo real y la primacía de las políticas más extremas del liberalismo económico. Es también el escenario donde se vuelve patente el desplazamiento del capitalismo industrial por parte de un nuevo tipo de capitalismo cognitivo que integra al primero. Lo anterior nos muestra la necesidad de mirar la globalización como un evento especial en la trayectoria de la civilización moderna. La singularidad de este momento se hace más evidente si recordamos que hace medio siglo la teoría crítica usó el concepto de modernidad tardía, que pone el acento en las características weberianas de la modernidad como la burocratización y racionalización creciente que suponían un intenso desencantamiento del mundo. Dicho desencantamiento supone una desvalorización de las culturas locales que no pueden autojustificarse racionalmente ante la modernidad⁴. De más está decir que dicha justificación ya supone aceptar la racionalidad moderna.

La denominación de modernidad tardía -altamente volátil- destacaba su carácter totalitario, descentrado y dominado por una racionalidad instrumental que se parecía cada vez más a la jaula de hierro descrita por Weber. Este concepto supone una

² *El atlas de Le monde diplomatique*. Santiago. Ediciones Aún creemos en los sueños. 2006.

³ Conviene recordar que la distinción entre primera y segunda modernidad pertenece a Ulrich Beck y distingue -por una parte- entre la modernidad clásica, dominada por los paradigmas de la Ilustración y la revolución industrial y -por otra- la modernidad reflexiva, caracterizada por los flujos de conocimiento y consumo y proclive a la proliferación de los riesgos. Nótese que el término modernización reflexiva tiene fuertes vínculos con la idea de modernidad inconclusa de Habermas. Ulrich Beck. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona. Paidós. 1998. p. 26 y ss. Usaré el concepto de segunda modernidad como sinónimo de modernidad tardía. Por otra parte, también Zygmunt Bauman ha opuesto los conceptos de modernidad sólida y líquida para referirse a la transición y licuefacción de las estructuras ordenadoras de la modernidad bajo un nuevo capitalismo que comprime la identidad y las aspiraciones de solidez social y existencial. Z. Bauman *Modernidad líquida*. Buenos Aires. F.C.E. También en los ambientes de la teoría crítica suele hablarse de modernidad ilustrada y posilustrada para evitar el término posmodernidad y sus implicancias. Nótese que todos estos pares opuestos tiene un carácter descriptivo que enfatiza algunos puntos, que por lo demás no son necesariamente excluyentes entre sí. Desde una óptica más sociológica existe una afinidad electiva entre los conceptos de capitalismo flexible y capitalismo cognitivo -por una parte- y la modernidad líquida entendida en los términos de Bauman.

⁴ Z. Bauman. *La globalización. Consecuencias humanas*. México, DF. F.C.E. 1999. p. 132.

crisis de la Ilustración como centro dinámico de la modernidad. En consecuencia, la modernidad tardía es una modernidad postilustrada, que no pudo cuajar las aspiraciones por la emancipación porque creó una dinámica interior en que sus efectos perversos fueron más omniabarcadores que los intentos de construir una democracia sustantiva. La utilidad del concepto radica en que nos señala las continuidades y las fracturas de una estructura más amplia, que a pesar de su crisis sigue vigente.

Al principio dicho concepto fue una ampliación de la noción de capitalismo tardío que fue muy usado por Max Horkheimer y Theodor Adorno a propósito de sus reflexiones sobre la dialéctica de la Ilustración y luego por Jürgen Habermas⁵. El capitalismo tardío describía –como ya se ha adelantado– una dinámica weberiana en que se enfatizaba los aspectos de sociedades administradas burocráticamente, que penetraban piramidalmente en el tejido social y que creaba una amplia cultura de masas. Igualmente apuntaba a la profunda interconexión entre las grandes empresas y el Estado, que en extremo generaba un capitalismo organizado estatalmente tendiente al oligopolio. Puede verse que dicha noción tiene como trasfondo la idea de una especie de colectivismo capitalista muy cercano al totalitarismo.

Sin embargo, dichas críticas señalaban que en el contexto del socialismo real la modernidad no presentaba una cara muy diferente. Ello demostraba que la crisis moderna se había elevado a un plano civilizatorio que requería de instrumentales teóricos diferentes y que –en un sentido más radical– allí donde la civilización moderna se implantara reproduciría sus conflictos internos y los mezclaría con las contradicciones locales, como lo demuestra la historia de la descolonización y luego la profecía autocumplida de la –a esta altura– Guerra de Civilizaciones⁶.

La ampliación de la noción de capitalismo tardío al concepto más general –y por cierto más complejo– de modernidad tardía supuso en la segunda mitad del siglo XX el enfrentamiento efectivo de la modernidad en dos interpretaciones rivales; el socialismo y el capitalismo. Pero la teoría crítica en vez de mirar sus diferencias fijó su atención en sus similitudes estructurales. Por ende la modernidad tardía se caracterizaba como un espacio donde la autonomía de las diversas esferas sociales era socavada por el Estado totalitario –ya sea al estilo de las obras de George Orwell o Aldous Huxley– creando sociedades de clausura. Las imágenes predominantes de esta modernidad las encontramos en las distopías que nos narran el fin de la individualidad y la destrucción del yo entendido en los términos del sujeto fuerte⁷. Los conflictos tenían ciertamente una connotación global en la medida que todas las guerras eran consideradas batallas al interior de una Guerra Mundial que podía

⁵ Jürgen Habermas. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Barcelona, Cátedra. 1999. p. 68.

⁶ Theodor Adorno y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid. Trotta. 1998.

⁷ C. Retamal. “Luchas utópicas y paraísos triviales. Sobre la colonización del imaginario utópico por el consumo.” *El rapto de Europa*, nº 1. 2002. p. 43-62.

terminar en la destrucción nuclear.⁸ Nótese que estas descripciones corresponden al apogeo de la Guerra Fría y que por ello no es que desde la perspectiva actual resulten falsos, sino que simplemente se encuentran desfasadas.

Nuestra realidad ha cambiado. Ya el Estado no aparece como la principal fuerza modeladora de la sociedad como lo fue durante gran parte de la modernidad. Como apunta acertadamente Bauman, los temores de la teoría crítica se han invertido diametralmente. No es la *estatalización* de la vida lo que intimida a los ciudadanos, sino al contrario es la privatización radical la que amenaza todos los espacios ciudadanos creados durante la modernidad. La reconfiguración global del capitalismo, la revolución tecnológica y su inaudito espaldarazo a las nuevas fuerzas productivas están permitiendo una intensa ronda de privatización de los diversos mundos de vida. En consecuencia nos enfrentamos a una modernidad privatizada⁹ en que los cercamientos¹⁰ (*enclosures*) crecen de modo acelerado tanto extensivamente como intensivamente, de suerte que las distinciones entre lo público y lo privado, la sociedad y la naturaleza, el adentro y el afuera, se vuelven irrelevantes frente a la totalización de la modernidad líquida. Dicha privatización literalmente comprime estas distinciones tan institucionalizadas hasta fines de la Guerra Fría. La formación de identidades no tiene ya como centro organizador a la Ilustración con su solidez ejemplar, estética y heroica. El antiguo mandato de llegar a ser alguien en la vida resulta anacrónico, ya que de lo que se trata es de ser muchas personas en una misma vida. Por tanto, parece haber perdido sentido la idea de un núcleo organizador y estable de las biografías de los sujetos, en un mundo que se ha vuelto ontológicamente cambiante e incierto.

En efecto, si la modernidad de nuestros abuelos estaba regida por el sueño -nunca logrado por cierto- de un ciudadano que cristalizaba su fin en el ideal de la estabilidad y su seguridad implícita, la modernidad líquida en cambio privilegia la plasticidad, el cambio de forma, en definitiva la maleabilidad del material humano que

⁸ Roberto González Gómez. *Estados Unidos. Doctrinas de la Guerra Fría. 1947-1991*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003. Además, Anatoly Dobrynin. *En confianza. El embajador de Moscú ante los seis presidentes norteamericanos de la Guerra Fría (1962-1981)*. Mexico, DF. F.C.E. 1998.

⁹ Z. Bauman. *Modernidad líquida*. Op. Cit. p. 13.

¹⁰ Los *cercamientos* (*enclosures*) dicen relación con formas de privatización en que lo que antes era considerado simplemente de dominio público es subsumido por el mercado. El nombre proviene de la abolición por parte del parlamento inglés de los derechos de propiedad colectiva sobre las tierras comunales, lo que supuso su parcelamiento y cercamiento bajo normas de derecho privado. En nuestra actual coyuntura -la del capitalismo cognitivo- los cercamientos se producen mediante la extensión abusiva de los derechos de propiedad intelectual, los patentamientos que niegan la dimensión social de la creación de conocimiento, la privatización de las entidades biológicas y la criminalización de las prácticas sociales destinadas a la creación común. Igual lógica subyace en las políticas de privatización del conocimiento producido colectivamente en las redes informáticas, en la licitación y bonos por emisión de contaminantes, de los espacios públicos, etc. Más en *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid, Traficantes de sueños. 2004.

nos lanza a la transformación en una búsqueda errática de seguridad. El cambio se presenta entonces como una invasión que frecuentemente arrasa las fronteras que los individuos creían haber creado y habían mantenido con tanto esfuerzo bajo la distinción entre una esfera pública y otra privada. Más aun, la base de legitimidad de la modernidad que ya ha concluido era la promesa de una seguridad ontológica que superaría lo que Marx denominó el Reino de la Necesidad; la eliminación de los estados de privación material, de la enfermedad y la ignorancia que eran las tres condiciones que imposibilitan la emancipación. La fuerza de esa promesa mantuvo en movimiento y expandió la modernidad.

La nueva modernidad que nos ha tocado vivir aun apela a esas promesas, aunque estas aparecen como un simulacro de tiempos electorales que miramos con escepticismo. Asistimos por el contrario a una modernidad que por medio de la globalización extiende la precariedad y la falta de estabilidad como un elemento constitutivo del nuevo orden social. La intensidad de esta inseguridad que prolifera en todos los recovecos de la experiencia moderna corroe –como diría Richard Sennett- nuestra capacidad de articular nuestras vidas a largo plazo y encontrar fuentes de estabilidad en medio del azaroso e ilegible cambio de los entornos sociales. El capitalismo flexible es la fuente de que “todo lo sólido se desvanezca en el aire” incluido el tradicional mundo del trabajo y las conquistas de seguridad que los partidos políticos obreros y los sindicatos habían construido con tanto esfuerzo. Llegar a ser alguien en la vida era fundamentalmente algo que se lograba en el contexto de una trayectoria laboral definida por criterios definidos y conocidos y en donde los conflictos encontraban formulaciones políticas para su solución.

Hoy en cambio, podemos –y estamos obligados a ello- ser muchas personas en una misma vida. La flexibilidad del mercado laboral nos obliga a reinventarnos de modo que resulta cada vez más difícil definir la trayectoria de nuestra vida, por lo que la estabilidad -que antes parecía condenable por su carácter rutinario- hoy aparece como un santuario ante el riesgo que implica el cambio permanente. Estos cambios son de tal magnitud que afectan no sólo nuestros espacios laborales, sino nuestras relaciones afectivas, nuestras confianzas y la percepción de lo que somos. Pero estos procesos no pueden mantenerse, como de hecho lo están haciendo, sin un grado variable de consenso o al menos convencimiento por parte de los ciudadanos. La fuerte implantación de estos cambios está directamente relacionada con un conjunto de promesas globales que legitiman estas transformaciones y que están modelando nuestra experiencia de ser modernos. No puedo detenerme aquí en este punto de las promesas de la globalización. Sólo puedo añadir que estas promesas tienen un cierto carácter utópico en el sentido que han ocupado los lugares que las antiguas promesas ideológicas tenían en la política moderna. Sin embargo, estas promesas se nos presentan no como una formulación política, sino como promesas de la sociedad de consumo que son elaboradas al interior del mercado, logrando de este modo capturar nuestros deseos.

II

Por ello han aparecido nuevos conceptos -modernidad líquida, sociedad red, sociedad del riesgo, fluidez ontológica- que fijan su atención en las condiciones de

cambio, fluidificación y maleabilidad, cuestiones que anteriormente se consideraban muy secundarias respecto de la estabilidad totalitaria de la modernidad. Estos conceptos en su mayoría nos indican que la modernidad no ha concluido, sino que está sometida a una mutación profunda y enfrentada a unos límites ecológicos, políticos, culturales y sociales que jamás había tomado en consideración. Todo ello sucede al mismo tiempo que la modernidad se expande por el globo de modo inaudito y generando nuevos enfrentamientos.

En este sentido, la ceguera crítica puede ser doble; la de afirmar que nada ha sucedido y que la Ilustración, tal como se le concibió, es aún un proyecto viable o en el otro extremo, pensar que vivimos en un universo postmoderno, que todo ha cambiado y que la modernidad es tan lejana como puede serlo el renacimiento. Quisiera situarme en un plano intermedio, que considera que los factores culturalmente integradores de la modernidad están en crisis por la socavación interna de sus postulados. Esto se ve amplificado por las diversas experiencias provenientes desde sus bordes, como el impacto de la descolonización, los flujos migratorios y sobre todo la dispersión de la matriz moderna –basada en la cultura de la Ilustración– en modernidades múltiples que suponen un desgranamiento y reinterpretación de la herencia moderna y que integra con diferente fortuna las culturas locales¹¹.

La conflictividad de la globalización está directamente relacionada con la pérdida de las seguridades básicas que las culturas tradicionales elaboraron durante siglos y también las propias seguridades que la modernidad elaboró en su trayectoria. Por ello la modernización aparece como un salto al vacío para muchas culturas que no acaban de ver cuales son las ventajas de esta nueva modernidad privatizada. Desde el punto de vista interno, las seguridades modernas están siendo rápidamente desmanteladas sin un contrapeso que equilibre a los individuos o que les dé instrumentos para comprender y gobernar adecuadamente los entornos cambiantes de la propia vida.

Nótese que las inseguridades tienen un rango amplio. Tenemos las inseguridades provocadas por sucesos que son claramente visibles a través de los medios de comunicación, pero que son de difícil o escasa ocurrencia, pero cuyos efectos son devastadores; como un accidente nuclear, una guerra, una catástrofe medioambiental, etc. Paralelamente existen las inseguridades provenientes de sucesos que no parecen ser tan extensivos, ni dañinos, que afectan –se supone– a algunos pocos, pero que ocurren con demasiada frecuencia como la pérdida del empleo, la falta de cobertura sanitaria ante enfermedades catastróficas, es decir la confirmación de la propia vulnerabilidad ante un hecho imprevisto. Ambas formas de inseguridad conviven en nuestras sociedades y van modelando nuestra experiencia de ser modernos, ya que arraigan en temores bien definidos e identificables. El miedo es el resultado palpable de la vulnerabilidad, de la incapacidad de adelantarse a los riesgos y gestionarlos adecuadamente. Por tanto, el riesgo ya no es una experiencia de las periferias de la modernidad, tampoco es meramente un defecto de

¹¹ Tomo este concepto de Josetxo Beriain. "Modernidades múltiples y encuentro de civilizaciones". En *Papers* 68. 2002. p. 31-63.

las estructuras sociales, sino que es un elemento constitutivo de esta nueva modernidad privatizada que se está desplegando gracias a la globalización.

En efecto, el temor de un joven trabajador de no conseguir jamás un empleo estable no tiene la glamour de una guerra nuclear, pero ciertamente ocurre cotidianamente y condiciona cada una de las etapas de su vida. Su vulnerabilidad forma parte de la flexibilidad que el mercado demanda e impone. Por ello, el temor de este trabajador resulta más concreto, legible en sus efectos, más universal si se quiere, que el temor a las armas de destrucción masiva. En efecto, que las personas que han desarrollado todos los pasos para conseguir una vida estable y segura no puedan comprender porque están sumidos en la precariedad, es algo que desde el punto de vista personal resulta corrosivo, pero que es coherente con la disolución de la estabilidad en todas sus acepciones. Si comparamos los temores de la modernidad privatizada con aquellos de hace sólo cincuenta años veremos que han cambiado su perfil. Las sociedades modernas han trasladado sus temores desde las esferas de los conflictos estatales y políticos de índole global y bipolar a un nuevo escenario en que esa figura espectral llamada mercado mundial coordina de manera multipolar y transnacional.

La inseguridad y la vulnerabilidad son expresiones de vidas puestas de cara a la contingencia, la percepción de que "todo puede ocurrir" y que frente a ello "nada puede planificarse a largo plazo". Estas afirmaciones no son el lamento por la destrucción de los Estados de bienestar o de las protecciones reguladoras ante la globalización. Son la constatación de la socavación de ciertos supuestos básicos de compromiso social que se han roto y que demandan con realismo la necesidad de adecuación y respuesta política. Muchos liberales dirían que las ganancias de las nuevas sociedades radican en una extensión de las libertades. Ese argumento tiene una doble cara ya que por una parte es cierto que en el ámbito social, las formas de vida modernas se han diversificado en muchos relatos y escrituras biográficas verosímiles, que dejan atrás las imágenes ligadas al sujeto fuerte que la modernidad quiso construir. Pero también es cierto que la comprensión de la libertad ha cambiado. Tradicionalmente la libertad encontró formulaciones políticas en que ser libre significaba sobre todo emanciparse de formas muy concretas de dominación que se insertaban en las luchas de clase, es decir ser libre estaba directamente relacionado con nuestro lugar en las relaciones de producción y la obtención de la libertad era un asunto colectivo y un asunto de largo plazo.

Hoy en cambio el imaginario político de la libertad se encuentra cada vez más subordinado al imaginario de la libertad como consumo. En esta perspectiva ser libre significa tener la capacidad individual de construir la propia individualidad, de recoger los retazos del baúl de los estilos de vida que el mercado nos propone cada temporada y estar en continua reinención del estilo. Pero hay algo más, asumir la tarea de ser libres siempre ha implicado costos y riesgos que a veces son difíciles de conmensurar. Actualmente los costos de la libertad son asumidos individualmente, no podemos apelar a la solidaridad para diluir el costo o el peso de la libertad, lo que lógicamente nos lleva a que el "precio" de la libertad sea mucho más alto e imprevisible que antes.

Esta forma de la libertad y la autoconstrucción de la subjetividad están convirtiéndose en las principales articuladoras del nuevo mapa social. En un sentido

más amplio, la globalización, como expansión de este reordenamiento, tiene la característica de trastocar los tradicionales ordenes de las sociedades cerradas, por ello globalización se convierte en un sinónimo de modernización. Esto resulta particularmente cierto y odioso respecto de la destrucción del trabajo y el mundo social y cultural que se alimentaba de él¹². En efecto, las empresas tienen la posibilidad de trasladarse allí donde los costes les sean menores, no así sus trabajadores que quedan atrapados en la localidad. Las empresas son -en principio- responsables sólo frente a sus accionistas, que en cuanto tales también son globales y pueden trasladar sus capitales a voluntad. En virtud del ordenamiento económico internacional los Estados sólo tienen la capacidad de paliar deficientemente los desastres de las comunidades destrozadas por la relocalización. Mientras tanto las bolsas premian a las empresas que se trasladan a países más baratos, con puestos de trabajo más precarios, más inseguros y sumisos.

Ello provoca que la conflictividad de las tradicionales luchas de clases derive en nuevas luchas globales que crean nuevos movimientos sociales y nuevas formas de subjetividad. Por ello la conflictividad de la modernidad sigue abierta, aunque ésta ya no se desarrolle bajo la polaridad de las narrativas del socialismo y el capitalismo. Más que las luchas entre bloques -propio de la Guerra Fría- nos encontramos en medio de una narrativa hegemónica en el sentido gramsciano del término ya que no sólo se sustenta en la coerción, sino también en cierto grado de consentimiento.

Las resistencias tienen un carácter diseminado, plural, intermitente, reticular, muy lejano al paradigma -ya fenecido- de un partido leninista fuertemente centralizado. Esta nueva forma de organizarse que algunas veces ha sido caracterizada como la estrategia de los mosquitos, por su condición reticular, dispersa y fluida, surge de un intelecto colectivo en la medida que es resultado de unas cooperaciones en red, un movimiento autoarticulado en torno a una pluralidad de intereses convergentes. Pero estas nuevas formas de resistencias aun no se ensamblan del todo bien con los tradicionales movimientos de izquierda, que todavía se encuentran presa de la derrota histórica que significó la caída del socialismo. Éstos se hayan afectados por una particular forma de melancolía que equivale a la muerte del utopismo tal como la concibió la modernidad. Por ello, una de las tareas políticas de mayor envergadura en medio de la necesidad de transformación y renovación es transitar desde la melancolía de izquierdas a la reapropiación de la fuerza utópica moderna.

III.

En vista de lo anterior podemos esperar un aumento de la violencia en la medida que la disolución de las seguridades en medio de una modernidad privatizada se vuelve cada vez un problema más acuciante y por otra parte los costos se trasladan desde las esferas colectivas a los espacios individuales. Ello nos enfrenta a una cierta orfandad existencial que reclama soluciones bastante radicales. Los carentes de un

¹² U. Beck. *Op. Cit.* p. 91. Igualmente, Z. Bauman. *La globalización. Consecuencias humanas. Op. Cit.* pp. 11-15. Del mismo autor, *Trabajo, consumismo y nuevos pobres.* Barcelona. Gedisa. 2000. p. 62.

terruño existencial, aquellos privados de las seguridades básicas de la vida moderna para quienes se vuelve ilegible un entorno social al que la comprensión no logra alcanzar cuando éste nuevamente ha mutado estarán arrojados a la violencia como una forma de lucha contra la vulnerabilidad. Pero esta violencia quizás no se expresará en las tradicionales formas de explosiones sociales preinsurreccionales al estilo del *caracazo*.

Existen poderosas evidencias de que posiblemente la violencia adopte formas de implosión social en la medida que éste no encuentre una formulación política. Las enfermedades mentales, especialmente el estrés y la depresión reactiva, las distintas variantes de la violencia intrafamiliar, el alcoholismo, etc., son manifestaciones de cómo se asume individualmente los costos del fracaso en la búsqueda de una vida estable en medio de la globalización. Desgraciadamente no tengo la posibilidad de detenerme aquí en las cifras y contextos específicos de esta afirmación. Pero no resulta descabellado pensar que a falta de explosiones sociales que canalicen el descontento hacia esta modernidad privatizada, el descontento se canalice hacia los propios individuos. Más aun si consideramos que una de las principales innovaciones que nos trae la licuefacción de la sociedad es que se difumina la clásica separación entre la vida privada y pública. Los horarios flexibles, el teletrabajo, etc., destruyen el sueño del hogar como una instancia separada y prácticamente opuesta al mundo del trabajo. Por el contrario, la flexibilidad laboral y las NTIC hacen que el hogar sea cada vez más una extensión del mundo laboral, por lo que sus presiones también se trasladan a este ámbito.

Trastocadas las visiones que hacían de las clases sociales los agentes de la conflictividad social los individuos desnudos se vuelven los átomos de la sociedad, recayendo directamente en ellos -sin mediación alguna- los pesos de todas las disoluciones.

Pero también nos enfrentamos a los tribalismos de nuevo tipo que frente a la incapacidad o complicidad de los Estados buscan saltarse o diluir los límites estatales enfrentándose directamente a los agentes de la globalización de un modo que supone el fraccionamiento del propio Estado. Por ende las resistencias a la globalización cubren muchos ámbitos y resulta ingenuo considerarlas a todas ellas manifestaciones de una búsqueda de emancipación o bien de afianzar los derechos ciudadanos. Muchas de estas resistencias son claramente conservadoras, fundamentalistas o francamente fascistas. Lo importante desde un punto de vista progresista es pensar -y también soñar- una nueva forma de globalización ligada al cosmopolitismo, al ideal de una humanidad postnacional unida por lo que es necesario construir y no por la fantasía de algún lugar original al cual retornar.

